

Encrucijadas éticas de las Organizaciones de Cooperación al Desarrollo y ayuda humanitaria

Recién iniciado el año 2018 la cooperación al desarrollo fue primera página de todos los diarios, ocupó un lugar destacado en los noticiarios y saltó a las conversaciones cotidianas de una parte importante de la población. Esta notoriedad no se debía a los más de 35 millones de personas con las que trabajan las Organizaciones de Cooperación al Desarrollo españolas (ONGD) en más de cien países, según datos de la Coordinadora de ONGD de España. Las noticias tampoco desvelaban la actividad de los casi 4.000 cooperantes y 20.000 voluntarios y voluntarias que las ONGD españolas, según datos de la misma Coordinadora, tienen trabajando en diversos lugares del mundo. Por desgracia, estos estallidos comunicativos poco hablaban de los programas y proyectos que llevan adelante, con mucha ilusión y dificultades, las entidades de Cooperación al Desarrollo y Acción Humanitaria. En primera plana aparecieron unos abusos absolutamente abominables de profesionales de la Cooperación y la Acción Humanitaria consumados en Haití tras una de las catástrofes humanitarias de mayor envergadura de los últimos años. Días después fuimos conociendo otra serie de abusos, incluso con menores de edad, realizados en diferentes países en circunstancias parecidas.

En aquellos días se recopilaron un total de 120 casos en diferentes medios de comunicación. La mayoría de ellos concernía a organizaciones anglosajonas, casi todas de ámbito internacional y con delegaciones en la mayoría de los países. La situación mediática obligó a las ONGD implicadas a afrontar la situación de manera expeditiva y rotunda. En primer lugar, aceptando la realidad de los

hechos y condenando *sin paliativos* los abusos ocurridos. Ante esta grave realidad las propias organizaciones optaron por realizar un ejercicio de transparencia profunda. Expusieron los hechos ocurridos, cuándo habían acontecido, qué personas estaban implicadas, qué procedimientos internos se habían ejecutado, por qué no se habían denunciado los hechos y, como no, expresaron su pesar y pidieron con sinceridad perdón.

Algunos días después, otras organizaciones de España, algunas no implicadas directamente en los hechos que habían sido noticia, denunciaron públicamente las diversas situaciones de abusos que conocían en sus propias organizaciones. Lo hacían como ejercicio de transparencia y como anuncio de la mejora de los sistemas de control, los códigos de conducta y otros estándares de gestión de calidad. Un factor común a todas las declaraciones fue la constatación de que la profunda desigualdad de género que sigue existiendo en el mundo y en las mismas ONGD, puede llegar a *normalizar* y *naturalizar* comportamientos execrables. Además, y esto es de suma importancia, se expresó que no era un problema aislado en un contexto geográfico y en algunas organizaciones específicas, sino que se trataba de un problema “de todo el sector”. Es cierto que desde aquellos hechos es un problema de todo el sector. No en el sentido de que todas las organizaciones estén manchadas por esa lacra sino porque su credibilidad y reputación ya está en cuestión y porque ha quedado claro que hay un riesgo real de conductas de abuso en los contextos de vulnerabilidad en la que desarrollan su labor las ONGD.

Pasado un tiempo, la cuestión merece un análisis más reposado, desligado de la aceleración de la emergencia comunicativa. Si nos quedamos anclados en los *hechos sin contextos* caeremos en una estimativa frágil que sólo alentará la decisión a corto plazo, superficial y de cara a la galería de la comunicación institucional. Es cierto que es un hecho singular, por la gravedad de los abusos y la intensidad comunicativa, pero ocurre sobre un trasfondo que lleva años conformándose en la sociedad europea y española.

I. Procesos y desarrollos de un sector en movimiento

En los últimos años hemos vivido una evolución en la profesionalización del sector de la Cooperación y la Acción Humanitaria que ha logrado salvar muchas vidas y potenciar el desarrollo social y cultural de las poblaciones vulnerables. La mejora de estrategias, logística, comunicación, incidencia, estándares de calidad, control de procesos, instrumentos de transparencia, normativas internacionales y evaluaciones de impacto han sido muy relevantes. Sin duda, queda mucho camino por recorrer, pero es un sector, que, en términos técnicos, está a la altura de los tiempos. Ahora bien, este mismo avance en la profesionalización ha podido dar lugar a una carrera profesional, que no ha contado con un proceso adecuado de acompañamiento y formación del carácter ético de las personas y de las organizaciones. Especialmente en el ámbito de la Acción Humanitaria que requiere buenos profesionales, con dedicación integral, con permanencia en diversos países y viviendo situaciones conmovedoras. Debido a estas características existe una alta probabilidad de que el "síndrome del extenuado" haga su aparición. En el fragor del trabajo se puede olvidar el sentido de la labor que se realiza y caer en círculos de degeneración. Porque en la Ayuda al Desarrollo, en cualquiera de sus variantes, o se mantiene el sentido de la misión o se vive en una cotidianeidad espesa y sin horizonte. Las organizaciones han hecho un llamamiento claro a la mejora de los procedimientos de control, y han expresado la necesidad de una mayor transparencia en todos los órdenes de actuación y organización de las entidades.

Sin embargo, ha faltado un mayor énfasis en un llamamiento rotundo a la formación del carácter ético de los profesionales y voluntarios. Unas organizaciones que se presentan como vehículos de un mundo con valores sólidos y principios densos no pueden renunciar a promover la virtud de las personas implicadas en ellas. La formación y reflexión ética, los comités de ética aplicada, el entrenamiento en el discernimiento ético de situaciones complejas, que realizan los profesionales de otros ámbitos, son una necesidad apremiante. Se puede caer en la tentación de creer que nuestras organizaciones

son virtuosas sin estar alimentadas por personas que practican las virtudes. O tratar de arreglar con protocolos y procedimientos lo que solo es posible afrontar desde la intersubjetividad ética. Las ONGD tendrán sentido social en la medida que mantenga una excelencia reputacional para poder proponer caminos alternativos de desarrollo humano integral. La idea de organizaciones éticas compuestas por personas sin *hábitos del corazón éticos*, capaces de navegar en condiciones de incertidumbre y zozobra, es insostenible. La dialéctica entre *estructuras para el bien* (procedimientos y normativas) y *personas de bien* (con carácter ético) es esencial en estos momentos de complejidad.

2. **A la búsqueda de una base social participativa y comprometida**

Además, como refieren las mismas ONGD, los avatares sociales y políticos de la última década han erosionado la base social de las organizaciones. Es del todo cierto que si la medimos en términos de soporte económico de los socios y donantes se ha producido un incremento en muchas organizaciones. Hay que tener en cuenta que se han activado intensas campañas de *marketing con causa* para conectar con nuevos donantes, se han producido transformaciones digitales que han permitido fidelizar a los socios y donantes de manera espectacular y se han creado grupos de comunicación bastante eficaces. Estas campañas, que tienden a ser cada vez más agresivas y, en algunos casos producen cierta perplejidad en los socios y donantes. Muchas organizaciones se preguntan hasta qué punto esta deriva competitiva tendrá un efecto boomerang sobre ellas. Ahora bien, aun siendo cierto que la base social medida en términos de *fundraising* ha ganado solidez; si la medimos en términos de compromiso activista, imaginario social y adhesión clara a unos valores puede estar perdiendo consistencia.

Hace aproximadamente veinticinco años El Paseo de la Castellana estaba ocupado por cientos de tiendas de la Campaña 0,7%. Una movilización social intensa y extensa que supuso una bocanada de

aire fresco en el ámbito de este tipo de movilizaciones. Fue un nuevo paradigma de expresión social. Hoy las ONGD siguen disfrutando de cierta legitimidad y aceptación pública. En los Eurobarómetros la población española está siempre a la cabeza en las actitudes positivas hacia los programas de cooperación al desarrollo. Según datos de la encuesta de valores de la Fundación Santa María, incluso para los jóvenes, las organizaciones de voluntariado son las únicas instituciones que gozan de cierta confianza en la actualidad, pero no podemos negar que están perdiendo cierta presencia pública. Una ciudadanía fatigada y desmoralizada se ha ido distanciando también de las propuestas que antaño hacían vibrar a muchas personas. Su presencia pública que, en algunas situaciones se ha visto intensificada a golpe de escándalos (históricamente fueron financieros y en estos momentos se trata de conductas de abusos inmorales e ilegales) o por alguna denuncia incisiva a gobiernos o grandes corporaciones empresariales. No es baladí que algunas de las organizaciones directamente involucradas en los escándalos mantengan una posición muy activa en las denuncias a gobiernos y empresas. La maquinaria para herir la reputación del "adversario" se ha puesto en marcha a todo gas. Urge convocar a la ciudadanía activa para construir capital solidario en el imaginario de la Cooperación Internacional y generar esferas públicas de debate y deliberación que atestigüen la profundidad y solidez de los valores que predicán las ONGD.

3. La excelencia ética: entre la eficiencia y la responsabilidad

El desarrollo de una mayor profesionalización y la debilidad de una base social comprometida han cifrado la razón de ser de las ONGD en su eficiencia. Una pregunta recurrente que se formula en grandes congresos, o en cualquier parada de autobús, es para qué sirve la cooperación. Se cree que los programas y proyectos de las organizaciones no son eficaces. Se trata de una sensación que no está abalada por ningún estudio serio, aunque existan infinidad de variables a mejorar y, nos consta que algunos proyectos y programas son absolutamente deficientes. Como dice Chul Han, en la so-

ciudad de la transparencia donde el criterio de verificabilidad es lo cuantificable y comparable, las ONGD están también sometidas a tan riguroso imperativo. En esta carrera de eficiencia hay personas e instituciones que exponen, que la mejor cooperación es la empresarial (la institución considerada más eficiente en nuestro entorno Occidental), y que cada vez es más reducida la actuación de las ONGD en los procesos de cooperación de los gobiernos. La idea de establecer alianzas público-privadas, propuesta en la ONU y por diferentes gobiernos y corporaciones empresariales, gana protagonismo frente a las agrupaciones ciudadanas norte-sur. Es evidente, a estas alturas de siglo, que las ONGD deben demostrar su impacto y su eficiencia. Es más, sería éticamente reprobable no devolver a la sociedad los logros conseguidos, los procesos iniciados y la calidad de vida alcanzada por los programas ejecutados. Ahora bien, si las ONGD se dejan atrapar por el discurso único de la eficiencia perderán su espacio de protagonismo. Las ONGD son entidades de acción, pero también de participación, de deliberación ciudadana, instituidoras de valores y desveladoras de injusticias. Por esta variedad de funciones es exigible un estándar ético de excelencia. No importa solo lo que se hace, sino con quién se hace, cómo se hace, para qué, en dónde y con cuánto tiempo se cuenta.

Las ONGD están viviendo en una encrucijada singular pues se ha tocado su línea de diferenciación social: la excelencia ética. El conocimiento de casos escandalosos no puede ser minimizado, aunque se deban a una minoría de las personas participantes en las ONGD y ocurran en un número reducido de organizaciones. Las ONGD están llamadas a una ejemplaridad excepcional de la que no pueden abdicar. Convivir en los contextos de mayor vulnerabilidad y sufrimiento exige solidez ética en las organizaciones y construir relaciones libres de cualquier tipo de opresión requiere de personas con carácter ético. No sólo son necesarios, que lo son, una mejora en los procesos de selección, una intensificación de los protocolos de actuación y una mayor transparencia pública. En unos procesos de alta profesionalización del sector se precisa, más que nunca, una formación ética de los profesionales de la Cooperación y la Acción Humanitaria para edificar unos *hábitos del corazón éticos* que

enaltezcan la dignidad. Debemos reconocer los contextos sociales y políticos que están conformando unos imaginarios sociales paradójicos y contradictorios en la Cooperación. Si queremos construir círculos en los que imperen el bien y la virtud, tenemos que saber transitar de “la poética de la excepción”, como menciona Innerarity, a la reflexión continua sobre la experiencia. ■

SALTERRAÉ



ARACELI CABALLERO
GARCÍA

**Cuidar la casa común
con los cinco sentidos**

P.V.P.: 9,95 €
240 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

Caín ha pasado a la historia como autor de una de las preguntas más conocidas: «¿Acaso soy yo responsable de mi hermano?». Una pregunta a la que muchas personas recurren cuando se les pone frente a los sueños y oportunidades destrozadas a causa de su egoísmo.

Ahora que ya reconocemos y nos preocupamos por el abuso y destrucción que hemos generado a nuestra casa común, es el momento de plantearnos qué tipo de hogar natural queremos conservar para nuestros hijos: ¿Respondemos como Caín y nos desentendemos de lo que le ocurra a nuestros semejantes?, o ¿estamos de verdad comprometidos en cuidar de nuestra casa con todos nuestros sentidos y asumiendo toda clase de esfuerzos?



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@gcloyola.com
